

NATASHA

JUAN MARTÍN CEDANO
juanmartincedano@gmail.com

“Significa sólo la presencia
de seres más perfectos.”
C. S. Lewis.

En aquel lugar, y aquel momento, todo no era peor que antes, sí diferente, pero no mejor que allá... sin embargo, por ningún motivo regresaría... monotonía. Al final de la página encontré: (m. input-output: vida, hecha frases, como modelo // qué se puede esperar, sino unas frases conformes al sentido, involuntario y automático, por “vivir”). No atendí la referencia. Cerré su diario póstumo.

Theatrum mundi. Creció en un barrio venido a más por la indulgencia trabajadora de una nueva generación, malabar del caos partidista en medio de la avidez de un estado golpeado; zona bancaria, supermercado de cadena, a la salida un abuelo vende arepas refritas por montón, centro de higiene porque no había higiene, polideportivo deficiente, cine eficiente, colegio nacional por cada género, más iglesia con convento, colegio y cementerio propio. Tomando Coca-Cola, con tan poca paz en su familia, repitiendo arroz todos los días, sin carnes o verduras, reconociendo el olor de solo algunas frutas, remendando una y otra vez los únicos zapatos; cada cumpleaños tuvo la oportunidad de engullir un huevo de gallina en la casi invisible fiesta y llegaba, como por no dejar, una torta al fin del día. Hacía sus oraciones.

Constataba cómo se sobrevive a tanta hambruna. De escuela pobre y deshuesada paso al cole del convento, no aprendió a tejer, pero resarcí su infancia una biblioteca familiar, nada despreciable, la devoró. Fue allí donde pensó, al eco de “El hombre que se vence a sí mismo, se libra de la opresión que constriñe a todos los seres” -calcado de Goethe- cómo deshacerse de no se sabe qué inquietud pesando sobre tan infantil conciencia. Varias de las dosis de medicamentos, olvidados en casa, fueron a parar a un pequeño frasco de vidrio oscuro y tapa negra, remojados en agua, oculto tras algún estante de libros -por cuánto tiempo- esperando el impulso final para beberlo, sopesándolo a dos manos, al calor de la sabida indecisión: olvidó aquel guardado; no, tal idea. Dedicó su adolescencia a soñar su mundo imaginario, palabras fáciles evitando frases hechas, de ritmos y símbolos cargados de época; con The Beatles a Serrat cursó la secundaria conociendo cómo la justicia, hecha palacio, ardía en llamas; en ese momento recordó a Nerón, noté sarcasmo en esa risa al tiempo que bamboleaba la cabeza en un largo no.

Tempus fugit. Voló la dulce niña, la plena juventud acostumbra tocar el corazón: Cortázar traza sobre el piso un París desencantado al que bautiza Maga, Borges atisba urgente una salida con la fundación de Tlön, García Márquez erra por generaciones en un pueblo de hojarasca, Neruda desesperado de amor huye del riesgo de ser patria, Poe destruye una y otra vez el legado de los Usher, Lorca viene cada noche a entregar a los sapos su mordido clavel, Hemingway resiste formulando más preguntas al tañer de las campanas, Faulkner continúa lleno de ruido y furia, Whitman descansa por fin en la anhelada hierba, Kafka le asegura para siempre un proceso, Spinoza sigue siendo libre porque somos conscientes de nuestras voliciones y apetitos, e ignoramos toda causa. En más de una ocasión, desnuda frente a un espejo demasiado grande, llevó un caño a la cien, como sin saber, sin hacer sonar, sabiendo. Si según, el único Nietzsche, el mundo sin música es un error, viene el rock en español del sur o cruzando el charco, cada vez más verde, fuera de contexto: vértigo hacia no se sabe dónde, una ciudad hecha furia le abandonaba, justo en viernes 03:00 a.m. “Lo peor de la vida es siempre gratis” sonaba a diario. Al borde. “Vive rápido para morir joven” grafiti por doquier. Por igual, Roadhouse

blues es eco de calles hechas noche, noches hechas bohemia, alboradas de soledad en compañía. No supe si ese beso significó tanto como para mí; aquel semblante amante reconoció en The Final Cut un prólogo a su fin.

Ubi sunt. Si al menos una vez se puede ser amigo, fui amigo (creo que lo sigo siendo en ese más allá); ¿predije aquella alma? Quizá comprendí aquel razonar, pero lógica alguna; intuyo que, aunque todo apunta a que no, apreció los talismanes y el augurio de los sueños. En cada momento vivido trocó desesperanza por cada sentimiento, aliento que disminuye con cada latido; invocó, evocó, la símil figura de la no existencia, el absurdo desconoció algún límite: extranjera de sí misma, cada ambición desfila hacia un abismo. Báculo de su propio cuerpo, morada de sus pensamientos, antesala del silencio, evita cualquier contacto visual, nada le hace gracia, sucede que me olvido de reír; agasajos, bienvenidas, despedidas, fin de año, cumpleaños, fueron desapareciendo de su calendario. Sin tiempo para el día y para la noche dejó de contar los dedos al sobrevivir cada rutina. Prefirió leer a comer, dejó de hacerse ver. Se dura lo necesario. No le faltó la soledad; aunque sí, el aire.

No portó, ni soportó, bandera alguna; tampoco, filiación a grupo alguno. Lo obtenido no perdió valor, tan solo, pasó a ser pieza de museo: ego ajeno. Si en el final pensó algún libro fue aquel de arena. Lo que vivía mientras dormía pasó a ser la única aventura. El dolor ya no es, fue suma de catarsis. Frío y calor cesaron de significar.

Shahrazad concluye. Abandonó el deseo; enseguida, todo aquello que envidiaba. Plenitud de vida. No recurrió a la filosofía de la redención, ya estaba que, como el atardecer, todo termina. Andanza a dónde. Comedia divina. Súbita partida. Razón de amor. Me señaló una silla, acepté el gesto, pensé en una invitación a conversar. Lo predecible, nada conversó. Impredecible “¡Zig y zig y zig! ¡Zig y zig y zag!”, el viento invernal sopla y la noche está sombría –si sigue letra por letra a Cazalis-, a saber. Si Saint-Saëns, scordatura para deshojarse en pasos, cual si fuese sobre cuatro cuerdas o monólogo en verso de un andante. Cómo describirla. Si ella, forma de mi felicidad, ¡Ay de su sonrisa! Es hielo; repetición detallada, mi ella ahora silueta en rededor, ella y yo, la niña desdibujándose de a pocos, roza su mano mi mano, delgaditos huesos transparentes, génesis inverso. Corazoncito que no teme. Natasha no palpita y danza; me deja, se eleva en la distancia.